



## CANTO XIX

Reférese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habían quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto  
No comienza á esparcir vuestros loores,  
Y si mis bajos versos no levanto  
A concetos de amor y obras de amores:  
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,  
Que á mil desocupados escritores  
Que en ello trabajasen noche y día,  
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo  
Desta materia y presupuesto nuevo,  
Me sacará al camino el gran deseo  
Que tengo de cumplir con lo que os debo;  
Y si el adorno y conveniente arreo  
Me faltan, baste la intencion que llevo,  
Que es hacer lo que puedo de mi parte,  
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Tomo I

Mas la española gente que se queja  
Con causa justa y con razon bastante,  
Dándome mucha priesa, no me deja  
Lugar para que de otras cosas cante;  
Que el ejército bárbaro la aqueja  
Cercando en torno el fuerte en un instante  
Con terrible amenaza y alarido,  
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto  
Tres gruesos escuadrones parecieron,  
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto  
Y el sitio desde allí reconocieron:  
Visto el foso y el muro, el fiero asalto,  
Dada la seña, todos tres movieron,  
Esgrimiendo las armas de tal suerte  
Que á nadie reservaban de la muerte.

23

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

El mozo Gracolano no olvidado  
De la arrogante oferta y gran promesa,  
De varias y altas plumas rodeado,  
Blandiendo una tostada pica gruesa  
Venía dellos gran trecho adelantado,  
Rompiendo por el humo y lluvia espesa  
De las balas y tiros arrojados  
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando  
La larga pica arremetió furioso,  
Y en tierra el firme regatón fijando  
Atravesó de un salto el ancho foso;  
Y por la misma pica gateando,  
Arriba sobre el muro victorioso  
A pesar de las armas contrapuestas  
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido  
La barrera embistió tan impaciente,  
Ni fué con tanta fuerza resistido  
De espesas armas y apiñada gente,  
Como el gallardo bárbaro atrevido  
Que temeraria y venturosamente  
Rompiendo al parecer lo mas seguro,  
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,  
Que aprovecharse dellas no podía  
A bocados, á coces y á puñadas  
Ganar la plaza él solo pretendía:  
Los tiros, golpes, botes y estocadas  
Con gran destreza y maña rebatía,  
Poniendo pecho y hombro suficiente  
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo,  
Sin ellas su promesa sustentaba,  
Y con gran pertinacia y poco miedo  
De morir mas adentro procuraba,  
Y en el vano propósito y desnudo  
Herido ya en mil partes porfiaba,  
Que su loca fortuna y diestra suerte  
Tenían suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando  
Se arroja entre los hierros, y se mete  
Cual perro espumajoso, que rabiando  
Adonde mas le hieren arremete;  
Y el peligro y la vida despreciando  
Lo mas dudoso y áspero acomete,  
Desbaratando en torno mil espadas  
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado  
Segun la temeraria confianza,  
No de su pretension desconfiado,  
Mas con alguna menos esperanza,  
A los brazos cerró con un soldado  
Y de las manos le sacó la lanza,  
Sobre la cual echándose en un punto  
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada  
De serle curadora de la vida,  
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada  
De algun gallardo brazo despedida,  
Que en la cóncava sien la arrebatada  
Piedra gran parte le quedó sumida,  
Trabucándole luego de lo alto  
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio, que volando  
La tímida paloma por el cielo  
Con gran presteza el corvo arco flechando  
La atravesó en la furia de su vuelo,  
Que retorciendo el cuerpo y revolando  
Como redondo ovillo vino al suelo:  
Así el herido mozo en descubierto  
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente  
Cayó el misero cuerpo atravesado,  
Sin el último golpe de la frente  
Que el número cerró ya rematado;  
Y la pica que el bárbaro valiente  
De franca y buena guerra había ganado  
Quedó arrimada al foso, de manera  
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol, que prometido  
Había de acompañarle en el asalto,  
Y con él hasta el foso arremetido,  
Aunque no se atrevió á tan grande salto,  
Como al valiente amigo vió tendido  
Y descubrir la pica por lo alto,  
La arrebató tomando por remedio  
Poner con piés lijeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza  
Contra el hado precisa y dura suerte,  
Ni bastan prestos piés ni lijereza  
A escapar de las manos de la muerte;  
Que al que piensa huir con mas presteza  
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,  
Como al lijero bárbaro le avino  
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos había dado  
Cuando dos gruesas balas le cogieron,  
Y de la espalda al pecho atravesado  
A un tiempo por dos partes le tendieron:  
No dió la alma tan presto, que un soldado  
De dos que á socorrerle arremetieron,  
De la costosa lanza no trabase,  
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando  
La gruesa pica en alto levantaron,  
Y á toda furia en hila igual cerrando  
Al foso con gran ímpetu llegaron;  
Donde forzosamente reparando,  
La municion y flechas descargaron  
En tanta multitud, que parecían  
Que la espaciosa tierra y sol cubrían.

Pues en esta sazón Martín de Elvira,  
Que así nuestro español era llamado,  
De lejos la perdida lanza mira  
Que el muerto Gracolán le había ganado:  
Con loable vergüenza ardiendo en ira  
De recobrar su honor deliberado,  
Por una angosta puerta que allí había  
Solo y sin lanza á combatir salía.

Con un osado joven que delante  
Venía la tierra y cielo despreciando,  
De proporcion y miembros de gigante,  
Una asta de dos costas blandiendo,  
Que acá y allá con término galante  
La gruesa y larga pica floreado  
Ora de un lado y de otro, ora derecho  
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado  
Le retrujo seis pasos de tal suerte  
Que el gallardo español desatinado  
Se vió casi en las manos de la muerte;  
Pero como animoso y reportado  
Haciendo recio pié se tuvo fuerte  
Pensando asir la pica con la mano;  
Mas este pensamiento salió vano.

Que el indio con destreza y gran soltura  
Saltó lijero atrás cobrando tierra,  
Y blandiendo la gruesa pica dura  
Quiso con otro rematar la guerra;  
Mas el pronto español, que entrar procura  
Dándole lado, de la pica afierra,  
Y agujando por ella á su despecho  
Cerró presto con él el pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado  
Una secreta daga que traía,  
Cinco veces ó seis por el costado  
Del bravo corazón tentó la vía:  
El bárbaro mortal ya desangrado  
Por todas la furiosa alma rendía,  
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frío  
Ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español, que vió tendido  
A su enemigo y la victoria cierta,  
Cobró la pica y crédito perdido  
Retrayéndose ufano acia la puerta:  
Donde por los amigos conocido,  
Fué sin contraste en un momento abierta,  
Y dentro recibido alegremente  
Con grande aplauso y grito de la gente.

En este tiempo ya por todos lados  
La plaza de los contrarios espugnaban,  
Que á vencer ó morir determinados  
Por los fuegos y tiros se lanzaban:  
Y encima de los muertos hacinados  
Los vivos á tirar se levantaban,  
De donde mas la cierta puntería  
El encubierto blancó descubría.

Unos con ramas, tierra y con maderos  
Ciegan el hondo foso presurosos;  
Otros que mas presumen de lijeros  
Hacen pruebas y saltos peligrosos;  
Y los que les tocaba ser postreros  
De llegar á las manos deseosos,  
Tanto el ir adelante procuraban,  
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos  
De nuestros arcabuces de mampuesto,  
Y de otros arrojados y caidos  
El foso se cegó y allanó presto,  
Por do los enemigos atrevidos  
Arremetieron, el temor pospuesto,  
Llegando por las partes mas guardadas  
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,  
De nuevo empiezan un combate duro;  
Mas otros con mayor atrevimiento  
Trepaban por las picas sobre el muro:  
Que al bárbaro furor y movimiento  
Ningun alto lugar habia seguro,  
Ni parte, por mas áspera que fuese,  
Donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados  
Los rebaten, impelen y maltratan,  
Y con lanzas y tiros arrojados  
Los derriban abajo y desbaratan;  
Mas poco los demás escarmentados  
La difícil subida no dilatan,  
Antes procuran luego embravecidos  
Ocupar el lugar de los caidos.

Unos así tras otros procediendo  
Ganosos de honra y de temor desnudos,  
Siempre la priesa y multitud creciendo,  
Crece la furia de los golpes crudos:  
Los defendidos términos rompiendo  
Cubiertos de sus cóncavos escudos,  
Nos pusieron en punta y apretura  
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo, Tucapel furioso  
Apareció gallardo en la muralla,  
Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso,  
Todo cubierto de luciente malla.  
Como el leon de Libia vedijoso  
Que abriendo de la tímida canalla  
El tejido escuadron, con furia horrenda  
Desembaraza la impedida senda,

Así el furioso bárbaro arrogante  
Discurre por el muro, derribando  
Cuanto allí se le opone y ve delante,  
Su misma gente y armas tropellando:  
Quisiera tener lengua y voz bastante  
Para poder en suma ir relatando  
El singular esfuerzo y valentía,  
Que el bravo Tucapel mostró aquel día.

No las espesas picas ni pertrechos  
Bastan puestas en contra á resistirle,  
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos  
Pueden acometiéndole impedirle:  
Que montones de gente y armas hechos  
Rompe y derriba sin poder sufrirle,  
Y aun no contento desto, osadamente  
Se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo  
La poderosa maza rodeaba,  
Unos desbaratando, otros rompiendo  
Siempre mas tierra y opinion ganaba:  
Al fin los duros golpes resistiendo,  
Por las armas y gente atravesaba,  
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro  
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También acia la banda del poniente  
Había Peteguelén arremetido,  
Y á despecho y pesar de nuestra gente  
En lo mas alto del bastion subido:  
Que el valeroso corazon ardiente  
Le habia por las entrañas esparcido  
Un belicoso ardor, como si fuera  
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró; que á poca pieza  
Le arrebató una bala desmandada  
De los dispuestos hombros la cabeza,  
Rematando su próspera jornada;  
Tras esta disparó luego otra pieza  
Acia la misma parte encaminada,  
Llevando á Guampicol que le seguía,  
Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado,  
Viendo el rumor y priesa repentina,  
Cuál salta luego arriba desarmado,  
Cuál con rodela, cuál con coracina;  
Quién se arroja al batel, y quién á nado  
Piensa arribar mas presto á la marina,  
Llamando cada cual á quien debia  
Y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo con gran pena  
El molesto y prolijo mar cortaron,  
Y en la ribera y deseada arena  
Casi todos á un tiempo pié tomaron;  
Donde con disciplina y orden buena  
Un cerrado escuadron luego formaron,  
Marchando á socorrer á los amigos  
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando  
Por la parte de abajo con ruido  
Les sale un escuadron en contra, dando  
Una furiosa carga y alarido:  
Venía el primero el paso apresurando  
El suelto Feniston, mozo atrevido  
Que de los otros quiso adelantarse  
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadía  
Siguiendo su derrota y firme intento,  
A la enemiga opuesta aremetía,  
Que aun de esperar no tuvo sufrimiento;  
Y á recibir á Feniston salía  
Con paso no menor y atrevimiento  
El diestro Julian de Valenzuela,  
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto  
El presto Feniston anticipado,  
Dando un lijero y no pensado salto  
Con el cual descargó un baston pesado;  
Mas Valenzuela, la rodela en alto,  
A dos manos el golpe ha reparado,  
Dejándose atronado de manera  
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,  
Tanto fué el golpe recio y desmedido,  
Y el trasportado joven una pieza  
Fué rodando de manos aturdido;  
Mas luego aunque atronado se endereza,  
Y volviendo del todo en su sentido  
Pudo al través hurtándose de un salto  
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo  
Con el gran peso y fuerza que traía,  
Que visto Valenzuela el embarazo  
Del bárbaro y el tiempo que el tenía,  
Metiendo con presteza el pié y el brazo,  
El pecho con la espada le cosía,  
Y al sacar la caliente y roja espada  
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino  
Le echó los brazos sin saber por dónde;  
Mas el joven, tentando otro camino,  
Arrancada la daga le responde,  
Que con la priesa y fuerza que convino  
Tres veces en el cuerpo se la esconde,  
Haciéndole estender ya casi helados  
Los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazón ninguno había  
Que solo un punto allí estuviese ocioso;  
Mas cada cual solícito corría  
A lo más necesario y peligroso:  
Era el estruendo tal, que parecía  
El batir de las armas presuroso  
Que de sus hijos quicios todo el cielo  
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla,  
Siempre con rabia y priesa hervorosa,  
Andaba muy reñida la batalla,  
Y la vitoria en confusión dudosa:  
Vuela en el aire la cortada malla,  
Y de sangre caliente y espumosa  
Tantos arroyos en el foso entraban,  
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de allá y acá gallardamente  
Por la plaza y honor se contendía,  
Quién sobre el muerto sube diligente,  
Quién muerto sobre el vivo allí caía:  
Don García de Mendoza entre su gente  
Su cuartel con esfuerzo defendía,  
Al gran furor y bárbara violencia  
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,  
Don Francisco de Andía y Espinosa,  
Y don Simón Pereira, lusitano,  
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,  
Contrapuestos al ímpetu araucano  
Hacían prueba de esfuerzo milagrosa,  
Resistiendo á gran número la entrada  
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juárez también por otra parte,  
Carrillo, y don Antonio de Cabrea,  
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,  
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,  
Subidos sobre el alto baluarte  
Herían en los contrarios de manera,  
Que aunque eran infinitos, bien seguro  
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando  
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,  
Don Martín de Guzmán y don Hernando  
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,  
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,  
Haciendo cosas que el ingenio mío,  
Aunque libre de estorbos estuviera  
Contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado  
Los fieros araucanos aflojaron,  
Y rostro á rostro en paso concertado  
Quebrantado el furor se retiraron:  
Los otros, visto el daño no pensado  
También del loco intento se apartaron,  
Quedando Tucapel dentro del fuerte  
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardía  
En cólera rabiosa y viva saña,  
Y aquí y allí furioso discurría  
Haciendo en todas partes riza estraña;  
Tropella á Bustamente y á Mejía,  
Derriba á Diego Pérez y á Saldaña.  
Mas ya es razón, pues he cantado tanto,  
Dar fin al gran destrozo y largo canto.



## CANTO XX

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegalda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero  
Lo que de su caudal y fuerza siente,  
Que quien en prometer es muy lijero,  
Proverbio es que despacio se arrepiente:  
La palabra es empeño verdadero  
Que habemos de quitar forzosamente,  
Y es derecho común y les espresa  
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza  
Que en este tiempo mísero se tiene:  
Promesas que os ensanchan la esperanza,  
Y ninguna se cumple ni mantiene:  
Así la vana y necia confianza  
Que estribando en el aire nos sostiene,  
Se viene al suelo y llega al desengaño  
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir, cuán trabajada  
Me tiene la memoria, y con cuidado  
La palabra que di bien escusada  
De acabar este libro comenzado:  
Que la seca materia, desgustada,  
Tan desierta y estéril que he tomado  
Me promete hasta el fin trabajo sumo,  
Y es malo de sacar de un terrón zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuevas  
Tras las roncas trompetas y atambores,  
Pudiendo ir por jardines y florestas  
Cogiendo varias y olorosas flores,  
Mezclando en las empresas y recuestas  
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,  
Donde correr sin límite pudiera,  
Y dando gusto, yo le recibiera?